

va convirtiéndose en *mal que se recibe*; la atmósfera social se forma de los hechos, de los sentimientos, de las ideas; y cuando las ideas, los sentimientos y los hechos de todos contribuyen á viciarla, es en vano que nadie se lisonjee de poder respirar aire puro. La lucha del egoísmo se entabla crónica, potente; se establecen las equivalencias del mal proceder, y la tolerancia con las culpas del hijo la devuelve otra madre absolviendo al suyo, burlador de la hija desdichada. La opinión que se contribuye á pervertir, se encuentra pervertida cuando se quiere buscar en ella apoyo contra la injusticia; y la joven que acoge al libertino y se envanece de lo que debía avergonzarla, contribuye al libertinaje, de que al fin es víctima.

Así, pues, el régimen actual, debilitando á la mujer física, intelectual y moralmente, la hace más desgraciada y menos útil á la sociedad y á la familia, y es con frecuencia una víctima que, en vez de redimir, contribuye á inmolar á los que la sacrifican.

CAPÍTULO VI.

LA DEBILIDAD Y LA FORTALEZA DE LA MUJER.

Reflexionando sobre el asunto detenidamente, no se hallan *razones* para que el sexo femenino haya sido calificado de débil, pero *motivos* se ven muchos: nos haremos cargo de los principales.

Siendo la mujer considerada principal y casi exclusivamente como hembra, no se la observaba ni se la juzgaba apenas más que en sus relaciones de sexo, y como el hombre llamó *debilidad* en ella á la misma falta que, cometida por él, fué tenida por *trunfo*, y como esta falta era frecuente, bastaba para acreditar de débiles á las que incurrieran en ella;

No sabiendo ni sospechando siquiera la fuerza que *necesita* la mujer, viendo tan sólo la que le *faltaba*, y sin hacerse cargo de lo mucho que se hacía para mermarla, era natural calificar el *déficit* de debilidad;

En épocas de fuerza *bruta*, la muscular debía ser la primera, casi la única;

En tiempos de barbarie, la *delicadeza* era fácil de confundir con la *debilidad*;

En pueblos duros, la criatura más *sensible* debía parecer más *débil*;

Entre muchedumbres ignorantes no se conocían más fuerzas que las instantáneas y ostensibles, y así como pasaban inadvertidas las irresistibles acciones químicas, las fisiológicas y las psicológicas no se notaban sino cuando, por decirlo así, aparecían de bulto.

Una mujer que no puede levantar un peso ó dar un golpe que da el hombre; que se impresiona más ante el mismo espectáculo; que siente mayor dolor al recibir el mismo daño; que llora ante la desdicha que el hombre contempla con ojos enjutos, era, y no podía menos de ser, calificada de débil entre gente que sentía poco y pensaba menos.

Hora es ya de analizar la debilidad y la fortaleza de la mujer, porque si necesitando más fuerza, tiene menos, habrá un desequilibrio que imposibilite la salud en el orden fisiológico, y la justicia en el social.

Si á primera vista se califica de extraña la

proposición de que la mujer necesita ser más fuerte, reflexionando creemos que se tendrá por exacta.

Demos principio á nuestras observaciones por la fuerza física, que, considerada sólo para el *empuje* y la *carga*, no puede apreciarse bien.

La mujer, á quien la naturaleza confió principalmente la conservación de la especie, necesita, como madre, vivir mucho tiempo para dos; tener un pulmón que oxigene la sangre del hijo que aun no respira, y un estómago que provea á la formación de un nuevo organismo. El que considere la cantidad de vida que necesita y gasta en semejante función, desempeñada al mismo tiempo que trabajos incesantes, á veces duros, y con privaciones y alimento por lo común escaso, ó poco nutritivo, no puede menos de admirar la fuerza que emplea aquella criatura, calificada de débil por el que no podría resistir tan grande y continuo esfuerzo, y cuyo dinamómetro es tan burdo, que acusa mayor poder en labrar la piedra que con otras constituirá un edificio, que en dar vida y alimento á la criatura que ha de formar parte de la humanidad.

El organismo de la mujer, más delicado y

complicado, la sujeta á mayor número de padecimientos, que por regla general, y como no se gradúen mucho, sufre sin quejarse ni interrumpir sus trabajos, ni alterar el orden de sus ocupaciones. El hombre, por lo común, no trabaja, ó trabaja muy mal cuando no disfruta salud completa.

Si para la carga y el empuje el hombre tiene más fuerza instantánea, no así cuando se trata de la continua. En un hospital, la *Hermana* llama al *mozo* para que mueva un peso que no puede levantar; pero el mozo no podrá estar tanto tiempo sin dormir y sin sentarse como la *Hermana*; se *rendirá* antes que ella. Y no se diga que la religiosa está sostenida por una idea que falta al sirviente asalariado, porque además de que sólo en las grandes y excepcionales ocasiones podría esta diferencia tener peso, en igualdad de todas las demás circunstancias, una enfermera resiste mejor que un enfermero la falta de sueño y los esfuerzos, no violentos, pero incesantes.

El labrador ha desplegado (aunque no siempre), durante el día, mayor esfuerzo que su mujer en la faena agrícola; pero cuando al ponerse el sol se retiran, él se sienta, y ella tiene que

preparar la cena y atender al cuidado de la casa y de la familia, cuyo esfuerzo, sumado con los anteriores, no darán un total menor que el del hombre, aunque su compañera no esté embarazada ó criando, en cuyo caso, como ya indicamos, aparece mucho mayor.

Si para el esfuerzo continuado la mujer aventaja al hombre, también cuando se trata de privaciones y sufrimientos materiales. Hace frente al frío mucho menos abrigada, soporta privaciones de alimento á que el hombre no puede someterse sin perturbación grave, y sufre los dolores mejor que él. ¿Qué significan estas frases tan conocidas de que los hombres *hacen muy malos enfermos*, que son *muy impertinentes*, que son muy *quejumbrones*, que se *amillanan*, etc., etc.? Quieren decir que tienen menos fuerza para el dolor físico.

Si se consideran las condiciones fisiológicas de la mujer, que pueden calificarse de desventajas naturales; si se añaden las sociales, que la colocan tantas veces en peor situación material que el hombre, y que, á pesar de todo, vive tanto ó más que él, se comprende que la calificación de *débil* es efecto de la ignorancia, que no ha sabido hasta aquí apreciar más fuerzas

que las ostensibles á primera vista y tangibles para manos groseras. Hoy que se aprecian las fuerzas de manera más racional y exacta, habrá de reconocerse que la de la mujer, si no es *igual*, es *equivalente* á la del hombre, y en muchos casos, mayor.

Esto en lo físico. Respecto á lo espiritual, recordamos lo que escribía no há mucho Raseri (1).... «Como exactamente dice el profesor A. Verga, en Italia, contra lo que se observa en todos los demás países, el sexo *débil*, respecto á la cabeza y hasta nuevas investigaciones científicas, es el sexo *fuerte*. La mujer en Italia, así como delinque menos, también padece muy pocas veces enajenación mental.»

El hecho, lejos de ser exclusivo de Italia, y en oposición con lo observado en otros países, es general, si no respecto á la locura (lo cual no nos atrevemos á afirmar), sí por lo tocante al suicidio y al delito. La comparación entre los suicidas y delincuentes de ambos sexos da siempre un número muchísimo menor de mujeres, y aunque la proporción no sea en algunos pueblos tan honrosa para las mujeres como

(1) *Annali di Statistica*.

en Italia y España, en otros lo es mucho más. En los Estados Unidos, donde la mujer tiene más medios de proveer á su subsistencia y más personalidad, rara vez infringe las leyes. En la penitenciaría de Maryland había no ha mucho 574 hombres y 27 mujeres. ¡Qué elocuencia la de estos números, y cuán alto hablan en favor de la *verdadera* fuerza de la mujer! Pero donde quiera que se la observe, se ve que paga menor tributo que el hombre á la desesperación y á la culpa. Si ésta es debilidad, como no parece dudoso para cualquiera que la analice, se nota que no corresponde mucho á su fama de *sexo fuerte*.

En la fuerza psicológica como en la fisiológica de los sexos, hay diferencias más bien de *calidad* que de *cantidad*, y el que una mujer se desmaye en presencia de una catástrofe que un hombre mira impasible, no prueba que ella no *resistirá* á una tentación á que él *sucumba*, y que en el gran combate de la vida no cuente más triunfos, como lo prueba su mayor moralidad. Podrá objetarse que su género de vida y el menor número de relaciones sociales la ponen menos veces en peligro de infringir las leyes y los preceptos de la moral; pero sobre que en todas las familias de labradores, y en muchas de

industriales (es decir, la inmensa mayoría de los casos), la mujer sale como el hombre á trabajar fuera de casa, las condiciones en que lo hace y en que vive, las privaciones que sufre, las injusticias y las brutalidades de que es víctima, lo poco en que se la tiene y lo mucho que se la solicita, los cambios bruscos y los descensos rápidos, en que es objeto de idolatría ó de desprecio; estas y otras circunstancias producen el conjunto más propio para socavar la moralidad. Sólo el que no reflexione sobre el asunto puede dudar de la mujer.

Menos instruída, literaria, artística é industrialmente;

Menos dignificada;

Menos retribuída por su trabajo;

Menos amparada por la ley;

Menos sostenida por la opinión;

Menos impulsada por las influencias exteriores hacia las grandes cosas;

Menos perdonada cuando falta;

Más solicitada para que falte,

se halla en peores condiciones que el hombre para no infringir la ley moral. Estas condiciones suelen ser tales, que el deber, lejos de presentarse fácil, exige virtud, y si la virtud es fuerza,

como no duda el que de entrambas sabe algo, difícil sería sostener que la mujer más virtuosa sea moralmente más débil que el hombre. La fuerza moral de éste (á nuestro parecer), como la física, es más imponente, más ostensible; da al carácter más consistencia, más firmeza, más autoridad; y si esta energía no suele estar á prueba de perseverancia, no deja por eso de impresionar fuertemente, de producir gran efecto (y útil si está bien dirigida), y de ser un elemento indispensable para la educación de los hijos y buen orden de la familia.

Decimos que esta más poderosa energía del hombre no suele estar á prueba de perseverancia, y cualquiera puede comprobar la exactitud de la proposición, observando que el hombre es siempre vencido por la mujer en toda lucha que exige una serie de esfuerzos *incesantes*, que se renuevan á todas horas, que *persisten*. Él explica la derrota á su manera; da al poder que la determina diferentes nombres, nunca el de *fuerza*, y no obstante, fuerza es; pésimamente empleada y dirigida á veces, lo concedemos; pero el empleo y la dirección no varían su esencia. Muchos hombres hay aún, que así como el quinto de artillería califica de fuerza la que lanza el proyec-

til, y no la que hace reventar el cañón lleno de agua que se hiela, ellos no comprenden energías físicas ni morales sino bajo la forma de grandes poderes musculares ó autoritarios, dando bofetadas ú órdenes. No hay que hacerles por ello un cargo, porque hasta aquí se sabía muy poco de fuerzas, y aun ahora, más se estudian las físicas que las fisiológicas, y sobre todo que las psicológicas. Entre tanto que se conocen mejor todas, parecerá aventurada la proposición, que no por eso es menos cierta, de que no hay *sexo débil*, y en caso de que alguno mereciese ese nombre, sería el que hoy se llama *fuerte*.

Hemos dicho que la mujer necesita más fuerza que el hombre, y no estará de más insistir en cosa tan esencial.

Fisiológicamente, al hablar de la mucha que como madre gasta, queda probado la que necesita, porque lejos de ir más allá de la necesidad, suele quedarse más acá para desdicha suya y de la prole. No sabemos si es mayor (¿quién lo sabe?), pero es grande el número de mujeres cuyo trabajo es excesivo y la alimentación insuficiente ó poco apropiada durante el embarazo, la lactancia y en ciertas épocas críticas propias del sexo.

En cuanto á la fuerza moral bajo la forma de perseverancia en todo bien, resignación y paciencia, necesita más que el hombre, porque tiene desventajas naturales, de que resultan mayor suma de dolores que *soportar* y de tentaciones que *resistir*; y nótese la propiedad y significación de las palabras subrayadas.

Ya se ha empezado á hacer algo, aunque poco, para mejorar la situación de la mujer; creemos firmemente que se hará más, que se hará mucho, muchísimo; pero después de todo lo que se haga, la parte que le corresponde en la propagación de la especie y su mayor sensibilidad, le darán desventajas como trabajadora, y mayor pena cuando falta, y dolor más inmenso cuando sufre. Trasladémonos á un porvenir harto lejano para España; veamos á la joven fuerte de cuerpo y de alma, digna, grave, que no está *expuesta* á la seducción; supongamos que ha desaparecido el tipo de la *coqueta*, menos despreciable y también menos disculpable que la prostituta; que ésta no existe; que los derechos son iguales para los dos sexos, en la esfera jurídica y económica como en la intelectual y artística. Pues bien; después de todo este progreso y de toda esta justicia realizada, no habrá medio de evitar:

Que la mujer esté más días inhabilitada para el trabajo;

Que el *embarazo*, con tanta propiedad nombrado en nuestra lengua, lo sea;

Que la lactancia no ponga trabas á la aptitud para trabajar;

Que la maternidad no lleve consigo dolores fisiológicos, y predisponga, haciéndolas inevitables en muchos casos, á gran número de enfermedades;

Que la madre no sienta más que el padre cuando el hijo enferma, y cuando se muere, y cuando se extravía;

Que la mujer no ame con mayor vehemencia, y por consiguiente sufra y goce más.

Estas circunstancias, inevitables aun con los últimos progresos de la justicia, constituirán siempre una desventaja para la mujer en la esfera económica y como trabajadora; desventaja que llevará consigo más privaciones y sufrimientos y mayor necesidad de fuerza para soportarlos. Amando más, gozará y sufrirá más, y en cualquiera de los casos necesitará fuerza proporcionada á su vehemencia.

Estas diferencias entre la mujer y el hombre están en la naturaleza de las cosas; son leyes

fisiológicas y psicológicas, cuyos efectos agravados, hasta aquí injusta y cruelmente, pueden atenuarse, pero no suprimirse de manera que la mujer no necesite más fuerza para *la paciencia* y para *el amor*.

Tal es la ley á que no podrá sustraerse en el porvenir; en cuanto al presente, si fuera cierta la supuesta debilidad de la mujer, la especie hubiera degenerado más que lo está en ciertas clases, y aun creemos que con dificultad se conservaría. Esto en cuanto á lo físico; que respecto á lo espiritual, la locura, el crimen, el suicidio, todas las formas del extravío y de la desesperación, se presentarían en tanto número, que no sólo excediesen á los desórdenes del sexo fuerte, sino que dificultasen mucho ó hicieran imposible el orden en la esfera moral.

Hay otra especie de debilidad de la mujer, que afirman los más, que algunos niegan resueltamente, y que para otros es objeto de dudas: la debilidad intelectual.

Debemos declarar que hoy no abrigamos aquel íntimo convencimiento de la igualdad de inteligencia de los dos sexos, manifestado en *La Mujer del Porvenir*. Nuevos hechos observados y una reflexión más detenida nos han inspirado dudas

que sinceramente exponemos: la infalibilidad no es cosa que razonablemente nadie deba conceder á otro ni reclamar para sí.

¿Habrá alguna analogía entre las diferencias de la fuerza intelectual de los dos sexos, y las que se observan respecto á sus fuerzas fisiológicas y morales? ¿Será la mujer más espontánea y menos reflexiva; adivinará más y observará menos; su acción será más extensa y menos intensa, más perseverante y menos fogosa, con más facultades receptoras y menos poder creador, y tendrá, en fin, una inteligencia que, todo bien apreciado, sea *equivalente*, pero no *igual* á la del hombre?

No nos atrevemos á contestar á estas preguntas, confirmando aquella profunda sentencia de que las convicciones firmes están en los extremos, y en medio la duda. El que no sabe nada y el que sabe mucho, afirma; el que sabe un poco, duda: esto en ciertas cuestiones; pero en la que nos ocupa, ¿quiénes son los que mucho saben? ¿Dónde están los elementos de un juicio definitivo y acertado, dónde la experiencia, que no puede resultar de pocos é incompletos ensayos? Sólo el porvenir puede resolver esta cuestión, hoy no más que planteada; los que nos dimos demasiada prisa á caminar para resolverla

en uno ú otro sentido, necesitamos volver atrás, ó nos volverán, que, como dice con profundo sentido un proverbio italiano, *el tiempo no tiene cuenta de lo que se hace sin él*.

Y el tiempo, ¡cuántas cosas ha de enseñar y cuántas cosas habrán de aprender, quiéranlo ó no, los que creen saber bastante sobre el asunto, ó saberlo todo! Á los que deseen estudiarle, les recomendamos la obra que se está publicando en los Estados Unidos, *History of Woman Suffrage*, por Isabel Cady Stanton, Susana B. Anthony y Matilde Joslyn Gage; New-York, Jowler and Wello, 753; Broadway, París, G. Fischbacher, 33, rue de Seine: han aparecido dos tomos, y el tercero y último se publicará en todo el corriente año.

Es un inmenso arsenal donde pueden proveerse de armas los que combaten el error que rebaja á la mujer y la injusticia que la oprime. Argumentos de grandes pensadores á su favor y testimonios de puras conciencias ya se habían escuchado; pero faltaban *hechos* con que responder á los que con hechos nos abruman, como si la iniquidad dejara de serlo porque se *realice*. Pues bien; en esta obra voluminosa, que bien puede llamarse grande, lo imponente, lo irrefu-

table son los hechos; y como el filósofo de la antigüedad probaba el movimiento andando, la mujer anglo-americana prueba su elevación espiritual elevándose, y su fortaleza combatiendo. Compañera del plantador, avanza con él intrépidamente por la tierra virgen de la impenetrable selva, y con él ó contra él, por el más impenetrable y lóbrego laberinto de errores, egoísmos y vanidades. Protesta cuando su voz halla eco; protesta cuando parece extinguirse en el vacío; protesta cuando se le responde con dicerios; protesta cuando se la sofoca con carcajadas; protesta siempre. Y su protesta, enérgica y perseverante, circula por las entrañas del pueblo, inadvertida primero, escarnecida después, y por fin irresistible. El libro á que nos referimos pudiera llamarse también *Anales del gran combate*. Al hojear sus páginas, parece que se oyen los quejidos de las víctimas, quejidos que van convirtiéndose en acusaciones. El combate empezó con la primera mujer que llamó en su conciencia tirano al hombre que la oprimía, y no terminará hasta que la fuerza, cualquiera fuerza, deje de ser medio de opresión; lucha que los siglos han visto renovarse, desigual, porfiada, interminable, sostenida por una parte con leyes,

soldados, sacerdotes y verdugos, por la otra con razones y lágrimas, y respondiendo á todos los pregones crueles ó ignominiosos con la eterna voz de la justicia.

En ese libro, que tiene tanto de monumento como de alegato y de prueba, se consignan hechos, muchos hechos, que deben dar en qué pensar á los partidarios de la inferioridad espiritual de la mujer. Vamos á referirles uno, no sólo por ser notabilísimo, sino porque es un nuevo testimonio de la injusticia de los hombres cuando se trata de reconocer y premiar el mérito de las mujeres.

Eran aquellos días de luto y desolación en que los *Estados* de la América del Norte habían dejado de ser *Unidos* y se hacían encarnizada guerra; guerra santa para los que habían escrito en su bandera: *abolición de la esclavitud*; guerra impía para los que peleaban á favor de ella. Las mujeres hicieron prodigios por la buena causa, y no sólo infundieron ánimo, determinaron perplejidades, prodigaron recursos, cuidados y consuelos, sino que derramaron su sangre, como si creyeran que sólo la suya, inocente de toda opresión y pura, podía ser redentora. Los campeones de la libertad tuvieron reveses y conflic-